

# La política a las aldeas o de la teatralidad de la política en Guatemala

*The politics to the villages or the theatricality of politics in Guatemala*

Luis Bedoya

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Regional Sureste,  
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

\*Autor a quien se dirige la correspondencia: [lbedoyaparedes@gmail.com](mailto:lbedoyaparedes@gmail.com)

Recibido: 21 marzo de 2018 / Aceptado: 12 de octubre de 2018

## Resumen

En este artículo intentaré aproximarme a la pragmática política contemporánea en Guatemala observando la teatralidad de la campaña electoral en las aldeas. La etnografía está producida a partir de una serie de encuentros prolongados con el equipo de campaña de un candidato a la alcaldía y su público electoral en dos localidades del municipio de Fray Bartolomé de Las Casas, Alta Verapaz, durante la campaña electoral del año 2015. En virtud el carácter performativo de las interacciones, acudo a la noción de teatralidad para mostrar cómo al interactuar en este encuadre, candidatos y públicos establecen espacios de convergencia para el dialogo, la negociación y el intercambio de recursos materiales y simbólicos de distinto tipo. Argumento que para comprender la pragmática política nacional debemos prestar atención a los espacios sociales y a los sujetos que en ella intervienen, ubicándolos en los entramados de relaciones desiguales, los particularismos históricos y a las economías políticas regionales. El material etnográfico presentado en el ensayo corresponde a registros producidos durante mi trabajo de campo doctoral en Fray Bartolomé, realizado entre 2012 y 2014

Palabras clave: Política, democracia elecciones, ayudas, intermediación

## Abstract

In this article, I try to approach the national political pragmatic observing the theatricality of the electoral campaign in the villages in Guatemala. The ethnography is produced from a series of long encounters with the campaign team of a candidate for the mayor and his public, in two villages in Fray Bartolomé de Las Casas, Alta Verapaz, during the election of 2015. Attending ideas of, regarding the performative nature of interactions, I go to the notion of theatricality to show how, by interacting in this framework, candidates and public establish spaces of convergence for dialogue, negotiation and the exchange of material and symbolic resources of different types and unequally valued, I argue that to understand the pragmatic national policy we should pay attention to social spaces and the subjects that are in it, including historical particularisms and regional political economies. The ethnographic material presented in the essay corresponds to records produced during my doctoral field work in Fray Bartolomé, carried out between 2012 and 2014.

Key words: Politics, democracy, elections, aids, intermediation



## La idea de la transición a la democracia y la política

La promulgación de una nueva constitución política en 1985, las reformas legales que de ella derivarían, y el llamado a celebrar elecciones generales, el mismo año, produjeron la sensación de que una transición política estaba en cauce. El entusiasmo respecto a la “transición a la democracia” encontró su corolario en la negociación de los acuerdos de paz, iniciada por el nuevo gobierno civil. La conjunción de los idearios de la transición y la pacificación sintetizó una serie de promesas de cambio, cuya conjunción puede ser planteada en cuatro ideas generales: que la conducción del gobierno sería asumida por agentes civiles regulados por mecanismos de elección libre; segundo, que los espacios de toma de decisiones relativas al ejercicio del gobierno y los recursos públicos serían sometidos al escrutinio público; tercero, que los mecanismos de control y vigilancia propios del autoritarismo serían sustituidos por políticas de seguridad y justicia basadas en el respeto a los derechos humanos sustituirían; cuarto, que se realizarían reformas económicas que favorecieran una distribución de la riqueza más equitativa; y, quinto, que nuevos derechos y categorías de ciudadanía serían reconocidos por el estado.

Para que la transición fuera efectiva requería de la participación de la ciudadanía, tanto proponiendo política pública como fiscalizando la inversión gubernamental. En muchas localidades, sobre todo en aquellas donde existía tradición de organización política, la posibilidad de la transición no sólo fue recibida con beneplácito, sino que también fue impulsada. En otros contextos, los nuevos modos de gobierno quedaron incompletos debido a la ausencia del capital social requerido para hacerlos funcionar. Como González-Izás (2014 & 2016) ha mostrado a partir de su análisis de la experiencia del oriente del país, muchas veces las viejas estructuras vinculadas al autoritarismo consiguieron con relativa facilidad ampliar sus márgenes de intervención. Otros estudios han llegado a conclusiones similares al argumentar que, los grupos conservadores y las mafias que habían venido controlando los aparatos de gobierno durante el autoritarismo han ampliado sus vínculos con el crimen organizado, el narcotráfico y otras actividades ilícitas (véase, por ejemplo: Comisión Contra la Impunidad en Guatemala [CICIG], 2015; InSight Crime, 2011; Krenmayr, 2010; Ramos & Sosa, 2010; entre otros). Si a lo anterior agregamos la afirmación de que la transición se dio simultánea-

mente al achicamiento institucional y a la reorientación de las racionalidades de gobierno, quizá no nos sorprenda saber que, a lo que nos enfrentamos a una ecuación de cambio con continuidades en la que las continuidades son más poderosas que los cambios. Es posible que la afirmación de Sáenz (2013) de que “la implantación de la democracia” fue en realidad la adecuación de un nuevo “pacto de exclusión” de élites, al que se agregaron sectores antes excluidos del gobierno, sea correcta. Un componente central de las nuevas formas de contención de lo gubernamental son los procesos electorales. La experiencia guatemalteca muestra que, estos han estado tomando formas distintas a como la normatividad liberal que los inspira establece. Quizá, el aspecto más sensible, o el más aquejado, para decirlo con otros términos, es la posibilidad de que la contienda sea financiada con recursos de procedencia ilícita. El panorama al que nos enfrentamos se asemeja a un mercado de competencias electorales en el que un número determinado de partidos y figuras personales compiten para ganar cargos públicos. El principal lubricante de estas maquinarias es el dinero, bien sea el que la autoridad electoral autoriza gastar, bien el que fluye fuera de legalidad. Para la mayoría de los candidatos y quienes los financian, tanto las campañas como los cargos constituyen nodos de acumulación y generación de nuevos negocios, nuevamente, legales e ilegales. Ciertamente es ahí hacia donde los críticos han apuntado sus argumentos y es también ahí donde han fijado los esfuerzos para reformar la legislación, pero el problema no comienza ni termina en los aparatos legales. Acertadamente, en sus análisis de la transición política en el oriente guatemalteco González-Izás (2014, 2016) ha argumentado que, lo que está en juego son modos de relacionamiento en torno a la política, cuya profundidad histórica es mayor a las reformas de mediados de la década de 1980. Dicho con otras palabras, en problema no es sólo el dinero que fluye hacia las campañas, sino también la pragmática política nacional, y en esta, la articulación de relaciones de patronazgo y subordinación de más vieja data.

Esto que acá estoy llamando pragmática política se sostiene en una economía política que presupone la precarización como elemento sustancial de las relaciones de poder. Como el antropólogo Zárate ha mostrado en su análisis de la política electoral en Michoacán, México (2016), dichas prácticas “sólo encuentran lógica si se les observa desde las condiciones locales de vida en que son elaboradas y que también pueden considerarse lenguajes locales o gramáticas de la so-

brevivencia” (pp. 78). Este es el problema que ocupa la presente reflexión. El artículo intenta aproximarse a la dimensión interaccional de la política electoral guatemalteca, tomando como ejemplo la contienda por la alcaldía de Fray Bartolomé, Alta Verapaz, del año 2015. El ejercicio ubica la teatralidad de la campaña en entramados de relaciones más amplios arraigados en las particularidades de la historia y la economía política regional.

Fray Bartolomé se localiza en el norte del Departamento de Alta Verapaz. El municipio fue creado en 1980 para sustituir lo que hasta entonces había sido Sebol, uno de los primeros parcelamientos, o “zona de desarrollo agrario”, creados en el contexto de la colonización agraria de las regiones selváticas del norte (Bedoya, 2013, 2017). El municipio tiene aproximadamente 65 mil habitantes. Según diversos registros gubernamentales, 75% de la población es indígena, mayoritariamente q’eqchi’, el resto se identifica como ladina, una categoría de adscripción que se afirma a parte de la negación de lo indígena. Las cifras sobre etnicidad son equivalentes a la adscripción residencial urbano-rural. El municipio sólo tiene un centro urbano, que funciona como cabecera política, y es donde se concentran las actividades comerciales y los servicios. El resto de la población, que en conjunto suman casi 75% de los habitantes, se dispersa en poco más de cien pequeñas localidades clasificadas como aldeas y caseríos.

### Aldeización de la política

Con base en su experiencia etnográfica en Nentón, Huehuetenango, Stepputat (2001) caracterizó la transición a la democracia como un proceso de traslado de la política hacia las aldeas. Stepputat (2001) denomina a este proceso: “aldeización” (*village-ization*). El neologismo es una adaptación de un concepto que el antropólogo Falla (1978) había empleado para definir la avanzada de las campañas de evangelización en Quiché durante la década de 1960. Según Stepputat (2001), la aldeización de “la política” otorgó nuevos significados a la categoría, llegando a significar cuestiones tan diversas como: la apertura de la competencia electoral, la gestión de recursos públicos, el cabildeo con organismos multinacionales, el activismo en organizaciones de protesta, hasta formas de violencia basadas en el reacomodo de anteriores modos de acción colectiva. Si durante el periodo de ma-

yor intensificación de la contrainsurgencia “política” fue una etiqueta reservada para una labor peligrosa capaz de motivar la violencia, después del retorno de la democracia devino en un medio para aquellos que deseaban impulsar transformaciones sociales. Participando en los nuevos comités locales de gestión del desarrollo, la reconciliación y la descentralización, la gente de las aldeas empezó a familiarizarse con la política. De esta manera, el acto de resemantización amplió el campo de competición en el que lo estatal se define. Actores que antes habían permanecido en los bordes empezaron a adquirir protagonismo. El ámbito que más ha acercado la política a las aldeas han sido los procesos electorales. No es que antes no hubiera elecciones, sino que después de 1985 el escenario de las competiciones fue reformulado para dar cabida a nuevos actores.

### La teatralidad de la política en las aldeas

Atendiendo ideas de Goffman (1959, 1972, 1979) respecto al carácter performativo de las interacciones, acudo a la noción de teatralidad para mostrar cómo al interactuar en este encuadre, candidatos y públicos establecen espacios de convergencia para el diálogo, la negociación y el intercambio de recursos materiales y simbólicos de distinto tipo y desigualmente valorados (Ferry, 2013).

El material etnográfico presentado en el presente artículo corresponde a registros producidos durante mi trabajo de campo doctoral en Fray Bartolomé de las Casas, Alta Verapaz, Guatemala, realizado entre 2012 y 2014, (Bedoya, 2013, 2017). Fray Bartolomé se localiza en el actividades comerciales y los servicios, cuya población se aproxima a las 17 mil habitantes norte del departamento de Alta Verapaz, en Guatemala. El municipio tiene aproximadamente sesenta y cinco mil habitantes, de los cuales, el 75% es indígena, mayoritariamente q’eqchi’. El municipio tiene sólo un centro urbano, que es donde se concentran las. El resto de la población se dispersa en poco más de cien pequeñas localidades clasificadas como aldeas y caseríos. Las formas de ganarse la vida están dominadas por las actividades agropecuarias, con predominio de la pequeña producción campesina, pero también del trabajo asalariado en la agroindustria de palma de aceite, el hule y la ganadería.

En esta sección presento dos situaciones etnográficas, poniendo énfasis en la dimensión interaccional

de la campaña electoral y en el lugar que los lenguajes de ayudas y regalos ocupan en el diálogo entre candi-datos y públicos electorales. Para resguardar el anoni-mato de los integrantes del público se utilizan nombres ficticios y omito el nombre de las aldeas, simplemente me refiero a ellas como primera y segunda aldea. Por criterio editorial de la revista, se omitió el nombre propio de una organización no gubernamental con la abreviatura genérica ONG y se sustituyeron las palabras malsonantes de las entrevistas con la abreviatura [malson.].

### Primer acto

Llegamos a la casa de Andrés después de las doce del mediodía. El calor de la mañana se hacía sentir con toda su intensidad, así que de una vez pasamos hasta la cocina. La casa de Andrés se distribuye en dos construcciones separadas, una funciona como cocina y la otra como dormitorio. En el medio hay patio, y a los costados, varios árboles frutales y un huerto. En el espacio que separa la cocina del dormitorio se observaban los rastros del vivero de pimienta que recién me había sido repartido a vecinos de la aldea.

Miguel, Antonio y Pablo, estaban ahí con el propósito de entregar insumos para la elaboración de un vivero de clavo de olor (*Syzygium aromaticum*). Como en otras ocasiones, yo los acompañaba atendiendo su invitación. El vivero en cuestión, igual que aquel en el patio del que sólo se observaban rastros formaba parte de un programa de fomento a la producción campesina que la municipalidad impulsaba. Mario y Antonio eran oficiales de la municipalidad, aunque sus puestos especificaban otras responsabilidades, desde hacía varios meses habían venido dedicando la mayor cantidad del tiempo laboral a la promoción de “los proyectos”, como ellos los llamaban. Pablo, quien fungía como delegado del Ministerio de Agricultura en el municipio, se había sumado a la iniciativa de la municipalidad debido a que los recursos que el Ministerio le facilitaba eran insuficientes como para que emprendiera iniciativas propias; pero, sobre todo, porque la promoción de los proyectos formaba parte de la estrategia de campaña del partido que gobernaba el municipio, cuyo candidato a la alcaldía era el vicealcalde, a quien he identificado como Mario. Andrés, el anfitrión, es un campesino q’eqchi’ hablante, de aproximadamente cincuenta años de edad. Durante la campaña, él cumplía funciones de promotor de la municipalidad y de la campaña de Mario en la aldea. De tal manera que, la

entrega de insumos fue también un acto de promoción de la candidatura de Mario y su partido. Justo cuando entramos a la casa, Andrés volvía de la milpa. Después de ponernos al día con el estado del vivero y otros pormenores en la aldea, Miguel introdujo el tema de las elecciones:

-Pues sí don Andrés: ¿qué dice la gente, de Mario?

- ¡Ah!, pues la gente está contenta. Quieren al señor, es que don Mario nos ha ayudado.

-Pero qué dicen, ¿sí van a votar por él? –volvió a interrogar el muchacho.

-Ah! pues en eso estamos. Yo les digo que piensen bien, que él es que más nos ha ayudado. Así les digo yo: don Mario es don de palabra, lo que él promete ¡cumple! Ése sí, no como otros que vienen a hablar y hablar y después ¡nada!, no se mira lo que dicen –respondió Andrés manteniendo el ritmo de la conversación.

-¡Ah pues sí, eso es cierto! Eso tiene el viejo [Mario]: es de palabra [...] No anda con pajas [mentiras], si no puede, clarito dice: mirá vos [tú], ahora sí no puedo, con eso sí ¡no puedo ayudarte! –constató Miguel.

-Hay que hablarle a la gente, [decirle] que don Mario está dispuesto a apoyar, pero quiere que ellos también lo apoyen con el voto. ¿Cuántos votos cree usted que tenemos asegurado aquí? Hay que decirles que Mario quiere echar [malson.] en las comunidades [trabajar] para que la gente tenga producción, pero que si no lo apoyamos esas ayudas se van a perder.

-Sí. Yo eso [le] he estado diciendo a la gente, que piense que don Mario nos ha apoyado, no desde ahora, sino que desde hace tiempos. Miré pues, ese mandarina, él nos lo dio cuando estaba en Digesa [Dirección General de Servicios Agrícolas], ¡en aquel tiempo! Va pues, después, cuando estaba la [ONG], nos dio la pimienta, esa ya está dando ahora. Y ahora que está en la Muni[-cipalidad] nos está dando ese otro pimienta, la de castilla, y los viveros también nos está dando –respondió Andrés como intentando solidificar su papel de intermediario emergente.

-De eso se trata, pues. Eso mero hay que decirle a la gente. Si el viejito [Mario] gana va poner una oficina exclusivo para proyectos, sólo para ayudas agropecuarios. Oficina agropecuaria municipal, se va llamar, pero para eso tenemos que hacer que llegue. Entonces sí, mire: nada que un proyectito aquí y otro allá; vamos a agarrar todas las comunidades, vamos a diversificar en todas.

-Aquí, digo yo que unos cincuenta o setenta y cinco votos bien los tenemos seguros –dijo Andrés, pues la pregunta sobre los votos que la aldea aportaría aún no había sido respondida.

- ¡No hombre, eso es muy poquito! Póngale aquí, sólo hoy van a venir ¿cuántos dijo, setenta y cinco? ¿Y si

contamos los de sus mujeres? ¿Y si tienen hijos ya grandes? Yo digo que eso es muy poquito. Tenemos que conseguir más. Así como hoy, hay que hablarles claro.

Afuera, en el patio, varias mujeres, que habían estado llegando de una en una, se alineaban encuclilladas apoyándose en la pared de la casa dormitorio alguna vez encalada. Como los beneficiarios del vivero no terminaron de llegar, Andrés nos pidió que esperáramos un poco más antes de iniciar el acto de entrega de insumos. Más temprano, mientras íbamos para la aldea, Antonio fue hablándome de los proyectos productivos que él, Pablo y Miguel estaban impulsando en las aldeas. Él, dijo, estaba convencido de que la municipalidad debía contribuir a que los campesinos diversificaran sus fuentes de ingresos incorporando productos comerciables. Durante la campaña electoral los proyectos productivos se transformaron en un potente artefacto de discurso que los promotores de la candidatura de Mario manipulaban en sus esfuerzos de persuadir a los votantes. No obstante, los proyectos productivos no eran inventivas de Mario o de los muchachos. La oficina agropecuaria municipal, a la que Miguel se refirió cuando instruía a Andrés sobre cómo convencer al público para que votara por su candidato, es una evocación de Digesa, una agencia que promovía la diversificación productiva de las economías campesinas, de la que Mario fue técnico agrícola, que fue disuelta a mediados de la década de 1990 en el contexto de la reducción institucional del gobierno. Transcurrida una hora desde nuestro arribo a la aldea, el grupo de los así nombrados “beneficiarios” estaba completo. A las mujeres que se sombreaban en la casa dormitorio se les había sumado un pequeño grupo de hombres recién vueltos de la milpa. Menos pendientes del picor del sol, ellos esperaban pacientemente sobre el camino que conduce a la calle, estirando el cuello de vez en cuando intentaban averiguar la identidad de los desconocidos de la cocina:

- ¿Y cómo piensan repartir las bolsas? –preguntó Andrés.

-Yo digo que unas cincuenta por familia, o ¿qué pensás vos, Antonio? –respondió Miguel pidiendo la opinión de su colega.

-Yo traigo dos mil bolsas. Hay que ver ¿cuántas familias son?, ¿para cuántas alcanza?

-No es por familia. Yo conté setenta y ocho beneficiarios: esposa y esposo, para cada uno –intervino Andrés.

-Si son setenta y ocho, entonces alcanza, cabal para veinticinco por persona –agregó Antonio.

-Echemos punta pues muchá [trabajemos] –dijo Miguel como intentando distribuir los papeles que creía debíamos asumir durante la presentación.

Entramos a la casa dormitorio por la puerta de atrás, la que comunica al patio interior y a la cocina. La otra puerta, la del frente, estaba abierta. Adentro, el ambiente estaba caluroso, varios grados más que en el exterior. Las paredes emblanquecidas potenciaban la claridad producida por la luz solar que se filtraba por las rendijas entre el armazón de madera que une el techo con la estructura. Junto a las paredes, dispuestas en fila había, en un costado, tres camas metálicas. En el otro costado estaba un ropero flanqueado por dos camas similares a las anteriores. En los otros lados, había: en uno, una fila de sacos de color amarillo que quizá contenían maíz; y, en el otro, do más camas similares a las anteriores. Dispuesto así, el mobiliario habilitaba un espacio despejado en el centro de la casa. Fue ahí donde se fueron distribuyendo los asistentes. Las mujeres se reunieron en la puerta que daba paso para la cocina, los más jóvenes y los niños, más confianzudos, convirtieron las camas en sillones. Los hombres mayores, en cambio, tomaron posición de los sacos que presumiblemente contenían maíz. La mayoría, no obstante, despreocupada, dejó que el fluir de los cuerpos les indicara dónde ubicarse.

La reunión con los beneficiarios del nuevo vivero dio inicio. Andrés y su esposa se pararon frente al grupo. Una de sus hijas adolescentes miraba desde la puerta trasera de la casa, sosteniendo en las manos el listado de los beneficiarios, de cuando en cuando la chica se acercaba a la puerta, alzaba el cuello y checaba a los asistentes. Andrés abrió la reunión, dio la bienvenida y explicó el motivo de nuestra visita. Habló en español para quienes habíamos llegado desde el pueblo y luego lo hizo en q'eqchi' para el público local. Después del saludo, la palabra pasó a Antonio, quien en no más de tres minutos, con vos quedita y la mirada distraída, explicó que estábamos ahí para entregar las bolsas que debían llenar para recibir la semilla de clavo de olor. En ese momento surgió un imprevisto. Antonio había calculado que, si el grupo de los beneficiarios era de setenta y ocho personas, y si ellos tenían dos mil bolsas, a cada beneficiario le corresponderían veinticinco bolsas. Al hacer el conteo de los presentes notaron que habían llegado más de las que antes habían estimado y, además, ellos no tenían la cantidad de bolsas estimada, así que debieron anunciar que otro día volve-

rían para completar las bolsas faltantes. El anuncio pareció no afectar los ánimos del público. La mayoría no entendió lo que Antonio había explicado, pues había hablado en español. Su principal preocupación en ese momento pareció ser, observarnos y esperar a que alguien tradujera el mensaje. Luego, Pablo tomó la palabra. A diferencia de los otros dos muchachos, él es bilingüe, razón por la que, usualmente cumplía funciones de traductor. Antonio le había solicitado que tradujera el mensaje que él había dado, pero Pablo ignoró la petición, haciendo a un lado la justa repartición de las bolsas se dedicó a promocionar la candidatura de Mario. Concluidos los discursos, Antonio procedió a repartir las bolsas, pero como el inconveniente de la escasez no había sido resuelto, debió intervenir Andrés para aclarar la situación.

Terminado el acto, mientras Antonio y Pablo dialogaban con campesinos que se les habían acercado para plantearles inquietudes respecto al vivero y los nuevos proyectos, Miguel se acercó a donde yo estaba, con voz baja me dijo:

Pobres gentes, va [verdad] vos. Mirá con unas cuántas bolsas se conforman ¡Todos contentos están los pisados [tontos]! ¡Hay dios!, si fuera gente que ya está un poquito más avivada [educada], a la [malson.] te mandarían si les llegas con bolsitas [te rechazan]. Pero eso hay que hacer, mano [tú]: echarles la mano [apoyarlos] para que echen [malson.] [trabajen]. El mensaje llega, vos; ponéle así como estos con sus viveros, cuando vean que hacen biete [dinero], van a querer más, ya no va haber necesidad de traerles cosas, solitos van a buscar qué sembrar.

Ninguno de los campesinos pareció haberse molestado por el hecho de haber recibido menos bolsas de las prometidas. Los muchachos también volvieron satisfechos. Las bolsas entregadas, aunque en menor cantidad de lo proyectado, y la promesa de volver con semillas materializaron su convicción de estar ayudando a mejorar la calidad de vida de los aldeanos. El entusiasmo observado en los rostros curtidos de su audiencia aumentó la certeza de que, como Miguel dijo, “el mensaje llega”. El entusiasmo con la posibilidad de ganar adeptos para su candidato tampoco fue menor. Varios días después de la entrega de envases para el vivero de clavo de olor, el escenario de campaña se trasladó a una aldea ubicada en el otro extremo del municipio.

## Segundo acto

Una mañana de agosto, Miguel me llamó para invitarme a que lo acompañara a entregar un conjunto de uniformes de futbol que Mario le había pedido que llevara a la aldea donde él se encontraba “haciendo campaña”. Cuando arribamos a la aldea, Mario hablaba con los dos maestros que atendían la escuela, la conversación tomaba lugar en el patio de esta. La escuela es el edificio más grande en la aldea, por su estructura y los materiales con los que está construida rompe con el estilo arquitectónico del lugar. Tiene tres ambientes. Las paredes son de tablas que aún conservaban el color rojizo de la madera nueva. El techo es de láminas de hierro, pero el piso es de tierra, similar al de las demás construcciones de la aldea. Los maestros exponían las carencias que a diario enfrentaban. Mario, pensativo, los escuchaba apoyándose la barbilla con la mano derecha. Esta era una aldea nueva que se formó a partir de la ocupación de una finca privada, cuya legalidad era objeto de discordia entre los campesinos y el anterior propietario:

Ustedes tienen que legalizar la tierra, porque si no lo hacen no vamos a poder ayudarlos como quisiéramos; no van a poder pedir que el Ministerio [de Educación] les haga la escuela porque cuando el Ministerio hace una escuela el terreno para a ser propiedad del estado y aquí no se sabe bien todavía de quién es la tierra –les aconsejó:

Cuando los aldeanos que habían promovido la visita de Mario consideraron que el público era suficiente como para iniciar la actividad, nos invitaron a que pasáramos a uno de los salones de la escuela:

Primero, quiero dar gracias a dios por permitiré estas con ustedes, también quiero agradecerle al comité y a Alberto que me invitó a que viniera a visitarlos. Yo no conocía la aldea, pero sí conozco a varios de los que están aquí; allá han llegado, a la muni y me han dicho: Mario, cuándo va ir a visitarnos; hoy estoy aquí. “La in ma k’a li q’eqchi” [yo no hablo q’eqchi], me van a disculpar: sólo castilla; pero aquí está Joel, él me va traducir –dijo Mario después de recibir la bienvenida.

Luego, dio un discurso centrado en su trayectoria laboran vinculado a instituciones de gobierno dedicadas a la promoción de la agricultura campesina. De nuevo, habló de Digesa, de los proyectos productivos de la municipalidad y de su doble rol de vicecalde y candidato:

Desde hace tres años estoy acompañando al señor alcalde al frente de la municipalidad. Sólo que yo no soy el alcalde, yo no soy el que toma las decisiones. Yo sólo acompaño, sólo lo aconsejo diciéndole qué es lo malo y que es bueno, pero es él quien toma las decisiones. La gente dice vicealcalde, pero el verdadero nombre del puesto es Sindico I: ese es mi puesto, el alcalde está aquí y yo estoy aquí —poniendo una mano sobre la otra, con una mueca intentaba explicar lo que decía.

Mario se extendió más tiempo del que había prometido utilizar. Al principio hacía intervenciones breves parando para que Joel tradujera lo que él había dicho, pero después de una hora de alternancia idiomática, optó por retener la palabra y se extendió en críticas a los demás candidatos a la alcaldía, cuestión que también había prometido evitar:

Entre los candidatos hay gente que no tiene experiencia, nunca ha gobernado; también hay gente con malas mañas, gente que le gusta quedarse con lo ajeno [robar] [...]. Estos tres años hemos trabajado duro en la municipalidad aconsejando al alcalde, si me elijen vamos a seguir trabajando mejor porque ya aprendimos más, pero si ustedes se dejan llevar por las promesas de otros, pueden elegir gente que no sabe gobernar o que va llegar a la muni sólo a robar. Si eso pasa, entonces sí nos va llevar la gran patria.

El público, absorto, compuesto en su mayoría por personas adultas, hombres y mujeres en similares proporciones, que habían ocupado el medio centenar de escritorios del salón de clase donde nos encontrábamos, además de varias mujeres que se apiñaban en la puerta, esperaba la intervención de Joel, el traductor, quien parecía esforzarse para no perder los detalles de la auto presentación que Mario hacía. Cuando debió hacerlo, Joel tradujo, pero no consiguió transmitir la cantidad de detalles que Mario había cuidado. Antes de terminar la intervención, Mario intentó abrir una discusión entre la concurrencia, según dijo, para mostrar su vocación de servicio y apego al bien común:

Aquí tengo tres solicitudes, de las cuales hoy voy a resolver una. Les voy a pedir que entre ustedes se pongan de acuerdo: qué es lo más importante para la comunidad. La decisión es de ustedes, así que yo me comprometo a que la otra semana les mando lo que hayan decidido que es prioritario. El profe, aquí presente —moviendo la barbilla indicó al director de la escuela —me entregó una solicitud para que los apoyemos con láminas para hacerle un corredor a la escuela. Veo que es necesario porque cuando llueve el agua hace un

batidero de lodo en el patio. Y el comité de la iglesia me entregó otra, también pidiendo láminas, para hacer la iglesia. La otra solicitud es de más largo plazo. Yo les digo que, si votan por mí y gano, la hablamos en enero del otro año. Quiero que se pongan de acuerdo cuál de las dos solicitudes prefieren que cumplamos ahora mismo:

Joel, presto para cumplir su papel de intermediario lingüístico, tradujo al instante las indicaciones que Mario acababa de dar. Los presentes que entendieron el mensaje, se habían despabilado y empezado a cuchichiar con sus vecinos de silla. La posibilidad de agenciarse “una ayuda”, como suele decirse en el lenguaje ordinario de la política local, era lo suficientemente atractiva como para seguir el mandato. “Ya nos habíamos puesto de acuerdo que preferimos láminas para la iglesia; aquí el ministro de la palabra quiere decir algo”, intervino un joven vestido como para una fiesta. Una mujer mayor, parada en la puerta, reaccionó a la intervención del ministro confirmando el acuerdo expresado. Otros siguieron su ejemplo y opinaron. Pero un hombre que estaba al lado del muchacho que había iniciado las intervenciones, consiguió alborotar al público diciendo unas palabras en q’eqchi’ que contravenían el consenso anunciado. “Es que hay un señor que no está de acuerdo con el proyecto de la iglesia” —dijo Joel, cuando Mario, un tanto impacientado, le pidió que explicara de qué iba la discusión. “El señor de allá —dijo, señalando la ubicación del disidente que descansaba de brazos cruzados recostado en la pared, dice que quiere que les dé las láminas para la escuela”.

En este contexto, Mario presentaba una peculiaridad que, en situaciones como esta, lo convertía en una figura ambigua: además de candidato ocupaba el cargo de Sindico I. Siendo vicealcalde era percibido como alguien capaz de movilizar recursos públicos, cuestión de la que muchos intentaron sacar ventaja presionándolo para que aumentara el caudal de regalos y ayudas que entregaba. Pero esa misma condición lo convertía en blanco recurrente de los reclamos por las fallas de la administración municipal en curso. La posición intersticial, entre “adentro y “afuera” del gobierno, como él mismo dijo, hacía que su actuación fluyera entre una y otra posición dependiendo el contexto, el tipo de pública y los motivos de conversación. Entrar y salir o, estar “abajo del que manda” pero desear “estar arriba” para mandar, se convirtió en un recurso que complementaba la fachada que intentaba imprimir en la mente del público. Esforzándose para ocultar su desconcierto al enterarse que los aldeanos insistían en

que las láminas fueran para la iglesia y no para la escuela, como el director y él, preferían, dijo:

Miren —dijo intentando persuadirles—: si por mí fuera, ya preferiría que hagamos el proyecto del corredor para la escuela. Piénsenlo bien: aquí es donde los niños pasan la mayor parte del día, aquí vienen a hacerse ciudadanos. La escuela es muy importante porque forma buenos guatemaltecos; pero la decisión es de ustedes, si dicen que es la iglesia pues que sea la iglesia. Ya les dije que vamos a apoyar el proyecto que decidan que es prioritario.

La decisión estaba tomada: las láminas serían para la iglesia. El desconcierto de Mario y de los maestros era difícil de ocultar. A los maestros se les escapaba la chance más cercana de obtener el apreciado corredor para la escuela, que habían tenido en mucho tiempo. A Mario, en cambio, su auto adjudicada vocación democrática le había jugado una mala pasada. Poner la decisión en manos de los aldeanos produjo un efecto distinto al que él esperaba. En ese instante, volteé la mirada para donde estaba Miguel. Seguía igual que antes, como si nada hubiera sucedido. A él le era indistinto el destino de las láminas, lo que le alegraba era que su candidato estaba complaciendo al público con una ayuda más:

Si ese es el acuerdo, yo lo respeto. Les dije que los voy a apoyar en lo que ustedes priorizan —dijo Mario reconociendo que había fallado—; quiero que me den los datos de alguien de confianza para que me comunique con él. Yo digo que la próxima semana ya les traen el material. ¡Ah, pero eso sí! —prosiguió— sólo les vamos a dar la cantidad de láminas que iba servir para el corredor. Hicimos la cuenta y lo que tenemos disponible sólo nos alcanza para eso: son treinta láminas de doce pies, salen a Q 200 cada una, son en total Q 6,000. Ustedes se ponen de acuerdo si esas les alcanzan para la iglesia o si tienen que ajustar más, pero ahí si ya no podemos apoyarlos, por ahora.

Terminado el tiempo para los discursos, el acto dio paso a la entrega de los uniformes. “Trajimos un uniforme para el equipo de fútbol ¿Dónde están los jugadores? ¿A ver, quiénes son?; qué pasen aquí al frente para entregárselos. ¿Vos sos el capitán?” —le preguntó al muchacho que antes había anunciado el acuerdo sobre las láminas. Los “jugadores”, incluyendo al que pedía que las láminas fueran para la escuela, pasaron al frente y se formaron esperando la fotografía que de rigor procede en rituales de este tipo. Todos parecían

satisfechos, la ocasión ayudó para que el director que observaba le escena desde la puerta porque el calor de la mañana lo había sofocado, olvidara que seguía sin sus anheladas láminas que evitarían que el patio de la escuela se enlode cuando llueve. Cuando salimos, en el patio de la escuela estaba el joven que anticipó el acuerdo sobre las láminas. Me acerqué y le pregunté sobre la decisión de priorizar la iglesia por sobre la escuela “¡Ah!, eso es decisión que se había hecho antes. Dos veces se juntó la gente de la comunidad para discutirlo. Ya teníamos el acuerdo” —dijo. Sacando ventaja de su condición de vecinos, los líderes de la iglesia preparando el escenario para que, llegado el momento, la respuesta les favoreciera, algo que quizá los maestros y Mario no anticiparon.

Aunque conseguí averiguar cómo se tomó la decisión respecto al destino de las láminas, no tengo claro porqué los campesinos decidieron priorizar la iglesia. Antes que para la formación de buenos ciudadanos como aconsejó Mario, las láminas servirían para afianzar la cristiandad en la aldea. Que en la teoría liberar el gobierno y religión sean ámbitos formalmente separados, no supone que en la lógica de los campesinos q'eqchi'es ocurra lo mismo. Acá, lo público no se circunscribe necesariamente al ámbito de ordenación gubernamental definido abstractamente en las leyes. Y el rol del gobierno como gestor de bienes y servicios se amplía más allá de la separación jurídica de lo público y privado, sin importar que tales definiciones sean disputadas e incluso impuestas por una minoría que las presenta como resultado de la voluntad de la mayoría. Para la mayoría de los aldeanos las láminas condensaron la materialidad de la política y de los beneficios que las relaciones entre gobierno y sus súbditos producen durante la campaña.

### **La campaña como arena que habilita una temporalidad especial**

La apertura del sistema electoral habilitó espacios y nuevas categorías, tanto para la participación política como para la consolidación de campos o arenas (Roseberry, 1994, 1998) en las que otros recursos son puestos en juego. Las elecciones hacen emerger un cúmulo diverso de intereses y ponen en escena a igual cantidad de sujetos cuyas actuaciones denotan parcialmente sus posiciones en el espacio social. En estas localidades la efectividad de la política y de los funcionarios de gobierno se mide por su eficacia para distribuir recursos

en el corto plazo, tanto en términos de beneficios colectivos como en términos privados; un buen político es aquel que da algo para la aldea, pero también aquel que entrega cosas a las personas para su disfrute privado. Y en la temporalidad electoral, los beneficios privados se aprecian más que las ayudas colectivas. A lo que nos enfrentamos es a una lógica estructurada por nociones de dones y contradones transmisibles, mayoritariamente, a través de regalos y ayudas. Los modos de hacer proselitismo empleando estos recursos, y las exigencias que los candidatos enfrentan para cumplir las demandas de sus públicos, se hacen mutuamente. En la medida en que el público solicita ayudas, los candidatos son forzados a ofrecerlas, y las ayudas entregadas dejan abierta la puerta para que el siguiente en aparecer supere al que lo precedió. De esta manera, las campañas se encarecen y los agentes de la terciarización ejercen mayores cuotas de decisión sobre los presupuestos debido a que ellos financian una importante parte de la contienda electoral.

La lógica de los regalos y las ayudas, como forma de relacionamiento entre partidos y público, es consustancial al proceso de competencia (Müller, 2010; Nuijten, 2003). Hay en ella algo más que instrumentación de necesidades. En este sentido, la campaña puede también ser un proceso que dinamiza el comercio, una forma de redistribución de riqueza acumulada que terceriza funciones gubernamentales y hace que los presupuestos públicos lleguen a sitios a los que regularmente no llegan, aun así, sea siguiendo canales distintos a los oficiales. Para los electores, dichos ofrecimientos, constituyen la manifestación tangible de la benevolencia del gobierno y de aquellos que quieren hacerlo suyo. De esta manera, las elecciones lubrican la maquinaria gubernamental distribuyendo recursos materiales y generando ilusiones de futuros mejores, esta es la forma temporal más numerosa de los verbos pronunciados en los actos de campaña, y con ello, renovando las ficciones que funden los pactos entre gobernantes y gobernados.

Para los candidatos difícilmente existen problemas irresolubles o peticiones para cuya solución no posean el contacto adecuado en otra esfera del gobierno. Aun cuando las solicitudes queden fuera de las competencias del gobierno municipal, como es el caso del edificio de la escuela o el impase legal del terreno donde se asienta la segunda aldea, estas sirven a los candidatos y a sus operadores locales para elaborar los empeños retóricos que dejan después de su partida. Los aldeanos, por su parte, juegan y jugarán

procurando obtener todas las ayudas que la posición de electores les permita. A todos los que los visiten le solicitarán algo, le entregaran una o más cartas y lo harán firmar compromisos si él o ella acepta. Pero sería ingenuo pensar que los ofrecimientos electorales son simples invenciones de los estrategas de campaña. En este nivel, los ofrecimientos comúnmente se derivan de las inquietudes percibidas en el público electoral local. Aun así, las iniciativas de convencimiento electoral son implementadas mediante las tecnologías comunes de la publicidad. Los candidatos son presentados como mercancías en competencia por satisfacer las necesidades de apremiados consumidores de ofrecimientos electorales. La publicidad es exitosa cuando consigue que el público crea que necesita aquello que el candidato mercadeado ofrece.

Desde la óptica de los electores, en cambio, la campaña se asemeja cada vez más a un tiempo especial, a un periodo de relativa abundancia de recursos que deben ser aprovechados. Para ellos, se trata de una oportunidad para obtener lo que durante el tiempo regular escasea. Así, a lo que asistimos es a formas previamente ensayadas de practicar la política en tiempos de elecciones que rebasan las nociones clásicas de clientelismo basadas en el cultivo extendido y relativamente estable de relaciones entre patrones y clientes (Auyero, 1997). Los espacios para el encuentro se establecen cuando la campaña da inicio, sin que importe que el campo no se circunscribe exclusivamente a lo electoral.

Esta suerte de guerra de posiciones es mucho más compleja de lo que a primera vista pueda parecer. Cuando Mario advirtió a los aldeanos que si elegían a otro candidato “nos va llevar la gran patria”, no estaba haciendo otra cosa que intentar tomar ventaja de sus contendientes. Expresiones como esta, usualmente son utilizadas para generar ansiedades en el público y para provocar incertidumbre respecto al futuro del gobierno. Hipotéticamente, si él ganaba las ayudas continuarían, pero si otro resultaba triunfador no sólo disminuirían, sino que desaparecerían. El punto al que quiero llegar es que, en lugar de una dinámica bidireccional a modo de partidos versus electores lo que tenemos es un campo dinámico y cambiante, en el que, si bien los participantes acuden desigualmente posicionados, todos poseen los recursos mínimos necesarios para establecer contenciones. Quien carece de algo que ofrecer y/o disputar simplemente no tiene cabida en este campo. Lo que se observa es un juego complejo de ofrecimientos, negociaciones, presiones, dispu-

tas y chantajes en múltiples direcciones. Las teorías de que los electores, más tratándose de campesinos y otros sujetos iletrados votan engañados, es insostenible. Los candidatos no definen los lenguajes a través de los cuales se habla la política, los electores tampoco son agentes pasivos que reciben inertemente los discursos llevados de fuera. En este “marco discursivo compartido concurren candidatos enfrentados entre sí, que a su vez se enfrentan con electores que también disputan entre ellos el derrame de recursos públicos y privados que fruye en calidad de regalos y ayudas.

Ahora bien ¿quiénes resultan ganadores? o ¿cómo establecer balances de las contenciones?

Dudo que existan ganadores y perdedores totales, a no ser que adoptemos una perspectiva economicista. Los recursos en disputa son diversos. Si bien es factible transferirlos de una esfera a otras, lo que ocurre es una distribución constante de beneficios transferibles de un ámbito a otro. Evidentemente, uno de los candidatos gana la competencia, pero el campo de lo electoral no se estructura exclusivamente entorno al cargo. Volvamos momentáneamente a las aldeas para ejemplificar lo que intento argumentar ¿que obtuvieron el candidato y sus promotores?; y, ¿qué ganaron los aldeanos? En el primer caso, los campesinos obtuvieron las bolsas, y con ellas, la promesa de recibir semillas para hacer el vivero que en el mediano plazo podría generarles ingresos económicos mediante la venta de la cosecha. Los de la otra aldea, en cambio, obtuvieron la promesa de recibir el dinero para comprar las láminas. El candidato se quedó con la declaración de que ambos grupos votarían por él. Los muchachos, por su parte, afirmaron su efectividad como intermediarios. Con el ofrecimiento de los votos locales acariciaron la ilusión de conservar sus empleos en la municipalidad, y quizá, afirmaron el anhelo de aumentar su capital político personal. Ahora bien, si todos obtuvieron beneficios, ¿cabe la posibilidad de que alguien aventajara a los otros?, es decir, que haya obtenido beneficios mayores. Sí, sólo si partimos estableciendo jerarquías antes de analizar la situación, cuestión que haría que ignoremos los criterios de valor priorizados por los actores, el alcance de nuestro ejercicio de comprensión se vería seriamente limitado.

En escenarios como este, las posibilidades para el surgimiento de personajes con rasgos caciquiles están determinadas por los ritmos electorales que los hacen zigzaguear entre lo que consideran puede atraerles votos, las disputas internas de los partidos, los negocios en torno a la distribución de los presupuestos públi-

cos, y las ambiciones de obtener prestigio y enriquecimiento personal. Como en otros contextos, ellos se atribuyen ser la encarnación misma del gobierno pretendiendo hacer que la gente crea que son el vínculo entre un “allá”, etéreo y usualmente “arriba”, donde la gente común imagina la fuente del poder gubernamental y el “acá” mundano y débil, donde suelen ubicarse a sí mismos. Lo anterior no supone que en la era predemocrática, si es que la expresión vale, no haya existido figuras caciquiles, lo que intento sostener es que, en la actualidad la gestión local y regional del gobierno está adquiriendo rasgos personalistas. De esta manera, los nuevos hombres y mujeres fuertes están reforzando la noción de que el gobierno tiene rostros y que, para acceder a él, ellos son la vía más directa. Las nuevas figuras del gobierno no basan su autoridad en la pertenencia a esta o aquella agencia de gobierno, sino en su habilidad para transitar de un ámbito a otro, movilizándose por partidos, dependencias y oficinas. En su transitar cargar para otros y para sí mismos todo lo que pueden y que consideran que ayuda a ampliar sus márgenes de intervención en la política.

### Formas reales de la política en las aldeas

Con base en la observación de la campaña electoral de 2015, en Fray Bartolomé, he sugerido que la pragmática política en las aldeas dicta que la efectividad del gobierno se establece según la capacidad de los funcionarios, en este caso el vice alcalde y a la vez candidato, para llevar ayudas a la aldea. Pero no sólo eso: la habilidad para transferir recursos públicos a un ámbito ilegal, haciéndolos pasar como producto de la buena voluntad del candidato fue fundamental para que los campesinos se sintieran complacidos, y quizá, como él quiso hacerles creer, que pensarán que participan en la definición de las prioridades de la inversión gubernamental. De no haberse tratado de un contexto de contienda electoral posiblemente los campesinos no hubieran conseguido estos recursos, no obstante, ellos saben que durante este periodo las posibilidades de agenciarse ayudas son mayores que durante el tiempo regular. Saben también que si el candidato no acepta sus condiciones pueden presionarlo insinuando que optarán por uno de sus contendientes, algo que ninguno está dispuesto a aceptar sin dar batalla. Es posible que, en otro contexto Mario se hubiera negado a aceptar el acuerdo de los campesinos, pero las condiciones en las que el dialogo tomó lugar no se lo permitieron, así que no tuvo otra opción que acatarla. Además, si

los recursos privados fueran menos escasos, los aldeanos quizá no hubieran tenido la necesidad de forzar los marcos de interpretación que separa lo público de lo privado. En ese caso, el escenario que le permitió a Mario presentarse como intermediario efectivo simplemente no hubiera existido.

Que el dinero sea el principal recurso para competir por los puestos hace que los candidatos se sienten forzados para invertir mayores cantidades en regalos y ayudas. Si no poseen el dinero necesario para competir deben obtenerlo de agentes formalmente externos al campo electoral, pero que esperan obtener beneficios del gobierno si el candidato es elegido. De esta manera, aumentando el caudal de recursos que fluye en calidad de ayudas y regalos, los candidatos están fortaleciendo las lógicas que previamente los presionaron para que aumentaran la cantidad de dinero invertido en la campaña. Existen candidatos que no tienen reparos en sumarse a las lógicas clientelares, ellos simplemente asumen que el juego funciona así y lo juegan, otros en cambio, pueden sentirse incómodos con esta lógica, llegando incluso a pensar que la democracia no es el mejor método para dirimir la conducción del gobierno. En el panorama de la contienda por la alcaldía de Fray Bartolomé, Mario encarnaba estas y otras contradicciones. Aunque su campaña hacía uso del recurso de los regalos y las ayudas, estando en privado él se mostraba crítico de ellas, pues pensaba que desvirtuaban el acceso al gobierno.

Quien rechaza las ayudas lo hace presumiendo prescindir de ellas. Muchas veces el rechazo viene acompañado de la queja de que estas desvirtúan la política. En la crítica a las ayudas, expresada por Mario y su equipo, que solía aparecer revestida de la bondad paternal que anticipa el deseo de subordinar al otro, subyacía la desaprobación a ser nombrado con categorías de este tipo. Pero además el temor a que otros políticos manipularan a los campesinos. En este nivel, se trataba de una competencia entre figuras que se conceptuaban a sí mismos como patrones. Que otros manipulen a los campesinos no sólo mengua el poder del yo que enuncia la crítica, también da paso a la posibilidad de que el objeto disputado (el manipulado) adquiera cualidades distintas a aquellas que posee mientras permanece bajo el control del hablante. Concretamente, el temor en ciernes es que la “pobre gente” se desmarque de la categoría de clientes donde se espera encontrarla.

En términos generales, las posibilidades para la crítica de ayudas depende de que el yo hablante se

alinee con la racionalidad de la autosuficiencia. Es decir, con la idea de que el buen ciudadano debe garantizar los recursos necesarios para la subsistencia por sus propios medios. Así, el otro sólo es significativo en correspondencia a cómo el hablante se conceptúa a sí mismo, y a cómo imagina su relación con el gobierno y con el trabajo. Aquí, el hablante es principalmente un sujeto que se concibe a sí mismo como un agente productivo. No obstante que tal crítica tome forma mediante la articulación de discursos en torno a la capacidad y la ética del trabajo arduo, ella también pone a revisión la reformulación de los modos de gobernanza de la pobreza contemporáneos. Mientras unos trabajan y prescinden de ayudas que fluyen a través de ciclos electorales y de los programas sociales, otros prefieren no hacerlo y atenerse a ellas. Estos sujetos, que en las palabras de Miguel radiaban entre ser “pobre gente” que se conforma con poco, que no sabe tomar decisiones actualiza una compleja amalgama alimentada por prejuicios de clase, etnicidad, vecindad y civilidad que anteceden por mucho a la idea misma de la transición a la democracia. Aquellos que denunciaban las ayudas, incluidos Mario y su equipo de campaña, no se oponen necesariamente a que el gobierno redistribuya la riqueza nacional, antes que eso, lo que ponen en juego es la forma en que tal intervención ocurre. Antes que ayudas, lo que desean es que las políticas de fomento a la producción agrícola inspiradas en el desarrollismo agrarios impulsado por los regímenes autoritarios del pasado, sean reactivadas. Por desarrollismo agrario entiendo el conjunto de políticas, programas e instituciones de promoción de la producción agrícola y pecuaria destina a abastecer el mercado nacional alimentario promovidas por los sucesivos gobiernos militares de la segunda mitad del siglo XX, especialmente entre 1970 cuando el Sistema Público Agrario (SPA) y 1986. Para una lectura más amplia de este concepto, véase (Bedoya, 2013, 2017). Para una descripción de las agencias que integraron el SPA, véase: Sigüenza, 2010).

De esta manera, la crítica tensa su propio campo semántico delineado en torno a lo que corresponde al campo de lo gubernamental estatal y a lo que corresponde al dominio de los individuos. El problema para estos individuos comienza cuando toman conciencia de que, en el nuevo contexto, los lenguajes del productivismo no son los únicos posibles para identificarse con la nación y para hacerle legible frente al gobierno.

## Otras formas de entender la transición

González-Izás (2014, 2016) lamenta que el proceso de democratización, tanto del gobierno como de la sociedad en su conjunto, haya quedado inconcluso. Mas, como hemos observado, los desencantados con la transición no son únicamente aquellos que se entusiasmaron con la posibilidad de democratizar el ejercicio del gobierno. La desilusión con la transición parece ser más bien un síntoma generalizado de la sociedad nacional, aunque sus motivaciones no siempre son las mismas. En muchos casos son contradictorias. La inconformidad con los regalos, las ayudas y los programas sociales, expresada por Mario y sus oficiales de campaña transmiten un malestar distinto al de González-Izás. Mientras que ella creyó que la “participación ciudadana” democratizaría el gobierno y eficientaría el gasto público, para ellos la “participación ciudadana” es parte sustancial del problema. Tanto por la posibilidad de que los habitantes de las aldeas no sólo participen, sino que al ser mayoría definan los resultados, como por el hecho de que la competencia para el acceso a los puestos de mando en el gobierno cada vez depende más de la lógica de los reglao y las ayudas. Para Mario; por ejemplo, gobernar era más viable cuando el mando no se sometía al escrutinio electoral. Lo que él anhelaba es la centralización de las capacidades de decisión que, según insistía, caracterizó a los modos de mando del autoritarismo. No se trata de que los aldeanos voten en oposición a como lo hacen los de las áreas urbanas. Tal antagonismo no existe fuera del prejuicio contra la “gente” de las aldeas.

En este sentido, la idea de que los regalos y las ayudas, en su calidad de iconos de la política en la era democrática, potencian la irracionalidad política de los electores de las aldeas, transmite la certeza de que las contiendas abiertas no son el mejor modo de organizar la autoridad del gobierno. Es de ahí de donde emerge su malestar con aquellas prácticas que denunciaba, pero de la que también se valía para intentar conseguir su objetivo de ganar la alcaldía. Pero la “pobre gente” que se conforma con poco o que prefiere hacer una iglesia antes que una escuela, pero a la que hay que “echarle la mano para que echen [malson.]” para que aprenda a “querer más”, puede también ser astuta hasta el punto del desconcierto. A finales del mes de septiembre de 2015, cuando la elección ya se había celebrado, me encontré con uno de los maestros que participaron en el acto en la segunda aldea. De la misma manera en que yo quería saber si habían reci-

bido las láminas, él necesitaba contar los nuevos giros que la historia había tomado: después de que Mario entregó el dinero, una comisión de la aldea visitó a otro candidato quien es propietario de una ferretería, para solicitarle que les vendiera un generador eléctrico a la mitad del precio comercial (el artefacto costaba Q 5, 000). A cambio, le ofrecieron que todos en la aldea votarían por él. El candidato aceptó la propuesta. Se recordará que Mario prometió entregar Q 6, 000. Si el generador costó Q 2, 500, más de la mitad del dinero debió tener otro destino. Le pregunté al maestro si sabía la razón del cambio de opinión. Su respuesta fue similar a las explicaciones que Miguel se había dado a sí mismo después de dejar ambas aldeas. Aunque dijo no estar seguro, expresó su suposición de que la iglesia sólo fue excusa para obtener el dinero. Y, además, que quienes votaron lo hicieron por la candidata del partido Unidad Nacional de la Esperanza (Une), quien en efecto ganó la elección valiéndose de la identificación de su partido con programas sociales.

## De vuelta al principio

En este trabajo he sostenido la afirmación de que las formas reales de la política electoral guatemalteca no están dadas únicamente por la configuración de sus marcos legales. Si bien la aseveración puede parecer general, ella sirve para tensar la creencia de que, si la legalidad electoral es reformada, aquello que engendra la frustración o lo que antes referí como desilusión, será corregido. Quizá fortalecer la capacidad de la autoridad electoral para auditar los gastos y sancionar a los infractores sea una buena iniciativa, pero por sí solas las reformas legales no corregirán la situación. Como González-Izás (2014, 2016) ha constatado, las mafias que perviven en torno a la gestión del gobierno poseen una alta capacidad de adaptación y saben aprovechar las ambigüedades siempre presentes en la ley. Además, no podemos olvidar que la política posee sus propias “zonas grises” (Auyero, 2003), es decir, aquellos espacios donde la legalidad y la ilegalidad se hacen mutuamente. En este sentido, es conveniente revenir en la idea de Bayart y Ellis (2000, p. 266) en el sentido de que la economía moral de la democracia no puede ser reducida a la famosa cultura cívica. Esta también puede consistir en una cultura de éxito personal a través de la intermediación la negociación y la flexibilidad. Dicho con otras palabras, las mafias y la intermediación pueden constituir formalidades de la

apropiación del modelo democrático, y la política se hace en el encuentro de sujetos que, aunque desigualmente posicionados en el espacio social, aportan para darle tanto la forma como el contenido.

En esta instancia vale que recuerde las palabras de un joven militante de uno de los partidos autodefinitos de izquierda, quien también expresaba su malestar con la exigencia de ayudas y regalos: “yo les he dicho [a los aldeanos] que los principales corruptores son ellos. Llegan a la muni a pedir pollo para las iglesias ¿dónde dice que la muni debe dar pollo para las iglesias?” Así, los vicios actuales de la política electoral realmente existente no se deben a una insuficiente educación cívica y política, tampoco a que mafias externas hayan penetrado al campo de lo electoral para distorsionar el juego. Si se le observa desde la óptica que acá definido como pragmática política, notaremos que esta está hecha de y en una raigambre de prácticas que fluyen entre la legalidad y la ilegalidad, modos de reconocimiento basados en relaciones de patronazgo y subordinación de larga data, nociones que sancionan la política como una más entre las posibles vías para el enriquecimiento personal, dinámicas de precarización que estimulan la ilegalidad, etc. La pregunta práctica respecto a qué es lo que se necesita hacer para mejorar la democracia sigue abierta. Para intentar responderla, sospecho, quizá debamos empezar desde fuera de lo propiamente electoral y desde antes de la transición.

## Referencias

- Auyero, J. (Comp.) (1997). *¿Favores por voto? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Buenos Aires: Losada.
- Auyero, J. (2003). *Routine Politics and Violence in Argentina. The Gray Zone and the State Power*. New York: Cambridge University Press.
- Bayart, J.-F., & Ellis, S. (April, 2000). Africa in the world: A history of extraversion. *African Affairs*, 99(39), 217-267.
- Bedoya, L. (2013). *Colonización agraria y procesos de formación del estado en la Franja Transversal del Norte, Guatemala (1959-1986)* (Tesis de maestría). El Colegio de Michoacán, México.
- Bedoya, L. A. (2017). *Figuras de incertidumbre: Una etnografía de sentidos de protección y su historicidad en la post guerra guatemalteca* (Tesis de doctorado). El Colegio de Michoacán, México.
- Comisión contra la Impunidad en Guatemala. (2015). *El financiamiento de la política en Guatemala*. Guatemala: Serviprensa.
- Falla, R. (1978). *Quiché Rebelde*. Guatemala: Editorial Universitaria.
- Ferry, E. (2013). *Minerals, collecting, and valor across The US-Mexican border*. Indianápolis: Indianápolis University Press.
- Goffman, E. (1959). *Presentation of self in everyday life*. New York: The Penguin Random House.
- Goffman, E. (1972). *Interaction Ritual: Essays in face-to face*. New York: The Penguin Random House.
- Goffman, E. (1979). Footing. *Semiótica*, 25(1), 1-30.
- González-Izás, M. (2014). *Territorio, actores armados y formación del Estado*. Guatemala: Cara Parens.
- González-Izás, M. (2016). Territorios, formación del estado y soberanías fragmentadas en Guatemala. En V. Brachet-Márquez & M. Uribe (Eds.), *Estado y sociedad en América Latina* (pp. 219-290). México: El Colegio de México.
- InSight Crime. (2011, julio). Grupos de poder en Petén: Territorio, política y negocios. Recuperado de <http://isla.igc.org/GuatemalaElctns/the-peten-report.pdf>
- Krenmayr, W. (2010). *Prácticas político-electorales 2007 en Huehuetenango: Entre pactos, clientelismo y pocos avances para la democracia electoral*. Huehuetenango Guatemala: Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala.
- Müller, B. (2010). Favores, ayuda y robo: Views of continuity in systemic change in rural Nicaragua. *Anthropologica*, 52(2), 259-272.
- Nuijten, M. (2003). *Community and the State: The Political Anthropology of Organization in Mexico*. London: Pluto.
- Ramos, B., & Sosa, M. (2010). *Los caminos de la participación ciudadana, el clientelismo y la cultura política en Huehuetenango*. Guatemala: Serviprensa.
- Roseberry, W. (1994). Cuestiones agrarias y campos sociales. En S. Zendejas & P. de Vries (Eds.), *Las disputas por el México rural, I* (pp. 73-97). Michoacán, México: El Colegio de Michoacán.

- Roseberry, W. (1998). Political economy and social fields. En A. H. Goodman & T. L. Leatherman (Eds.), *Building a New Biocultural Synthesis* (pp. 75-91). Michigan: University of Michigan Press.
- Sáenz de Tejada, R. (2013). La democratización en Guatemala: Algunas interpretaciones en contienda. *Estudios Digital*, 1(1), 1-15.
- Sigüenza, P. (2010). El sector público agrícola y su apoyo a la producción de granos básicos en Guatemala: Una mirada retrospectiva. En P. Sigüenza (Coord.), *Nuestro maíz, nuestro futuro: Estudios para la reactivación de la producción nacional de maíz en Guatemala* (pp. 95-140). Guatemala: Instituto de Estudios Agrarios y Rurales-Coordinación de ONGs y Cooperativas.
- Stepputat, F. (2001). Urbanizing the Countryside. Armed conflict, State Formation, and the Politics of Place in Contemporary Guatemala. En T. Hansen & F. Stepputat (Eds.), *State on Imagination, ethnographic Explorations of the Postcolonial State* (pp. 284-311). Durham: Duke University Press.
- Zárate, E. (2016). Crisis de autoridad lenguajes de la fragmentación social. En J. Uzeta & E. Zárate (Eds.), *Los lenguajes de la fragmentación política* (pp. 77-98). Michoacán, México: El Colegio de Michoacán.